



me Nudes  
a precio de  
ma Vorel  
CENTRO  
JOYERO

MAS DE  
100  
JOYERIAS  
CENTRO  
JOYERO

TRAVEL  
AGENCY  
308

MASHALA  
Local 38

COMPRAS  
VENTA  
PRO

WC

CENTRO JOYERO

LA HISTORIA DESDE ADENTRO

# Así se enteró el Presidente

Esta es la historia de cómo desde enero pasado el Consejo Nacional de Salud empezó a seguir con interés el asunto de la influenza; de las reuniones del secretario de Salud con sus homólogos de los estados y cómo en ellas surgió y se discutió el caso del brote en Perote, Veracruz, sin que se considerara relevante que tres casos de fallecidos tuvieran que ver con ese poblado; hasta llegar a la reunión crucial de cuatro o cinco horas con el presidente Felipe Calderón, tras la cual se decidió lanzarse al ataque de la enfermedad.

Por Alejandro Almazán [aalmazan@m-x.com.mx](mailto:aalmazan@m-x.com.mx)  
Fotografías: Jaime Boites



A principios de enero pasado, en la primera reunión del Consejo Nacional de Salud realizada en el edificio de Lieja número 7, los datos presentados por cada uno de los asistentes eran inusuales: los casos de influenza estacional habían disminuido entre noviembre y diciembre de 2008.

La cifra de 2 mil 600 enfermos que, en promedio, se habían registrado en ese periodo durante los últimos dos años en todo el país, ahora sufría una considerable baja. Eso hizo pensar al secretario de Salud federal, José Ángel Córdova Villalobos, y al resto de los funcionarios, que la enfermedad estaba siendo erradicada.

De hecho, los titulares de salud de los estados, los directores del IMSS y del ISSSTE, y los secretarios de la Sedena y de Marina salieron optimistas aquel día.

El 6 de abril, sin embargo, comprenderían que se habían equivocado: la influenza, en realidad, había aprovechado esos meses para mutar en un demonio.

\*\*\*

La mañana del viernes 27 de marzo un hombre de 29 años falleció. No salió vivo para contar esta historia. Había llegado desde Perote, Veracruz, directo al Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias (INER), en el sur del DF, porque la fiebre, la diarrea, los vómitos y el dolor de huesos lo estaban apergollando desde hacía dos días. En el hospital, los médicos les dijeron a los familiares que el paciente mostraba un cuadro de neumonía atípica, pero que con la vacuna de la influenza estacional y algunos otros medicamentos saldría de la enfermedad. Que si lo habían entubado era porque sus pulmones ya no tenían la fuerza suficiente para trabajar a un ritmo adecuado.

La familia, con más esperanzas que certezas, esperó a que se cumpliera el pronóstico. A las pocas horas, sin embargo, fue avisada de que su pariente había muerto. Según ellos, nadie les dio una explicación convincente. “La neumonía, al parecer, la provocó un virus raro, nunca lo había visto”, fue lo más que un médico atinó a decirles.

En medio del dolor de la pérdida, los familiares concluyeron que los médicos del INER habían sido negligentes. Aseguraban que el entubamiento no sólo había sido innecesario, sino perjudicial. Como no supieron cómo lidiar con la realidad que los rodeaba, algunos familiares se quedaron a esperar el cadáver y otros, enfurecidos, acudieron a la Comisión Nacional de Derechos Humanos a presentar una queja contra el INER.

En esa mañana de locos, y como si fuese una escena hollywoodesca, al INER ingresarían más jóvenes-adultos con problemas en las vías respiratorias. Uno de los médicos, extrañado por la súbita presencia de enfermos que tenían el mismo cuadro, sugirió tomar exudaciones al hombre fallecido que venía de Perote y enviarlas al Instituto de Diagnóstico y Referencia Epidemiológicos (Indre).

Las admisiones de nuevos enfermos con características similares no pararon. Pero tampoco hubo más muertos aquel fin de semana.

Transcurrieron nueve días para que el Indre tuviera los resultados: el hombre de Perote había muerto a causa de una influenza atípica; los estudios, se dijo, se mandarían de inmediato a Estados Unidos y a Canadá para identificar la cepa, pues se temió que la influenza estacional hubiera mutado. Al final de su informe, el Indre hizo una recomendación urgente: que todos los estados enviaran muestras de

los enfermos que en ese momento estaban en sus hospitales.

Ese mismo día, el lunes 6 de abril, el Consejo Nacional de Salud sesionó de manera extraordinaria en Lieja número 7. Quienes llevaban un panorama un poco más completo eran los epidemiólogos del INER y del Indre, así como el secretario José Ángel Córdova.

—Señores: algo raro está pasando —abrió el doctor Córdova, palabras más, palabras menos—. El 27 de marzo pasado, en el INER, murió un hombre de 29 años. Se ha confirmado que fue por una variación de influenza.

Uno de los funcionarios que reconstruyeron esa y otras reuniones para **emeequis** dice que a casi todos los secretarios de Salud de los estados, incluyendo al del DF, se les fue el color y voltearon a revisar sus cifras. Se les vio más perturbados cuando los expertos del INER y del Indre soltaron algunos datos extra:

Según el comportamiento de los pacientes, este nuevo tipo de influenza provocaba una súbita fiebre de más de 39 grados, vómito, diarrea, dolor intenso de huesos y cabeza, escurrimiento nasal, tos seca y conjuntivitis. Además, dijeron que el rango de edad de la mayoría de los infectados oscilaba entre los 24 y 40 años (el sector que usualmente no es vacunado contra la influenza en época invernal), y que su situación económica tendía más a ubicarlos en las clases media y alta.

Ese día no pudieron explicar por qué los muertos eran de extracción clasemediera. Con el paso del tiempo lo sabrían: quien tiene dinero, va a una farmacia, compra medicamentos que anuncian en televisión y, al contener ácido acetilsalicílico, sólo provocan que la enfermedad se vuelva más virulenta.

En aquella reunión, los expertos tampoco pasaron por alto el caso de Edgar Hernández, un niño de cinco años que, curiosamente, también era de Perote, Veracruz.

De él, explicaron a los presentes, se habían tomado cultivos para enviarlos a Estados Unidos y Canadá. Del caso de Edgar, dijeron, habían aprendido que si los pacientes llegaban pronto al hospital (las primeras 48 horas), las expectativas de vida eran mayores. Edgar, por supuesto, había sobrevivido.

Al final de la reunión, y a pesar del panorama apocalíptico que se había dibujado, se determinó esperar a que Estados Unidos y Canadá enviaran los resultados de los cultivos. Se marcharon con la esperanza de que si se estaban presentando casos todavía a principios de abril, seguro era la última fase de la enfermedad que se regodea en tiempos invernales.

\*\*\*



El jueves 16 de abril, una vez que terminó la ceremonia para celebrar el 65 aniversario del Instituto Nacional de Cardiología, Córdova Villalobos se dirigió a su oficina. Lo esperaba otra reunión urgente con los secretarios de Salud de San Luis Potosí, Querétaro, Estado de México, Hidalgo, Puebla, Oaxaca, Morelos, Tlaxcala y el Distrito Federal.

La razón: el funcionario federal tenía ya los estudios de los cultivos que habían sido enviados a Estados Unidos y Canadá. Además, tenía datos sobre las entidades en las que se estaban presentando más casos.

—Señores: el nuevo virus es influenza porcina —dijo Córdova, desencajado—. Los estudios dicen que del cerdo pasó al ser humano y éste lo mutó, lo hizo mucho más agresivo. Es muy contagioso. Y, si estamos bien en nuestras cifras, estamos hablando de 4 mil 157 casos del 1 de enero a la fecha. En otras palabras: estamos en problemas.

La noticia fue como un latigazo. Nadie sabía qué decir. Cuentan a **emeequis** que aquel fue un silencio sepulcral que fue rellenado por uno de los asistentes:

—¿Y la vacuna, señor secretario? Porque quedó una reserva, ¿no?

—Sí, hay reserva, pero en el Indre se está analizando si el lote aún funciona. Recuerden que la vacuna se hace para un tipo de cepa. Debemos esperar unos días para saberlo. Ahorita estamos a ciegas.

La reunión, entonces, derivó en el caso de un estadounidense de 27 años que, en California, había experimentado los síntomas una semana antes que muriera el habitante de Perote de 29 años.

Con muestras de ese paciente, se dijo, Estados Unidos había empezado a probar medicamentos para la cura. La información, tan pronto se tuviera en Atlanta, se compararía con México.

—¿Es certero el estudio de ellos? ¿No hay margen de error, señor secretario?

—No. Las muestras que estudiaron también fueron las de la señora Adela María Gutiérrez Cruz.

Adela María era una encuestadora del Servicio de Administración Tributaria que había pasado algunos días en Perote, Veracruz. De 39 años, había llegado al Hospital Civil de la ciudad de Oaxaca con un cuadro de neumonía severa. En los resultados enviados por el Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades de Estados Unidos, en Atlanta, se determinó que María había muerto a causa del virus de influenza porcina.

Los análisis de Edgar, el niño de Perote, llegarían el día siguiente con la misma información: había enfermado a causa del virus de influenza porcina.

En aquella reunión se decidió que al día siguiente, cuando Córdova Villalobos re-

gresara de una gira de trabajo en Morelos, platicaría con el presidente Felipe Calderón y se daría la primera alerta a la población hasta ir conociendo más del virus, su cura y su propagación.

Así fue. El viernes 17, luego de que ocurrieran otros dos fallecimientos en el INER, el subsecretario de Prevención y Promoción de la Salud, Mauricio Hernández Ávila, dijo en conferencia de prensa:

“Ante el comportamiento de la influenza estacional que se ha registrado en el país, que incluye un repunte de casos y la prolongación de la temporada de contagio, la Secretaría de Salud alerta a la población a tomar las medidas necesarias para disminuir el riesgo de padecer esta enfermedad, como el lavado de manos con mayor frecuencia y evitar cambios bruscos de temperatura”.

\*\*\*

Miércoles 22 de abril. Otra reunión del Consejo Nacional de Salud. Que el virus hubiese o no venido de California o Perote ya no era importante. El punto, ahora, era cómo hacer frente a la influenza porcina con recursos caseros, pues Estados Unidos y Canadá no daban señales de tener una cura.

—Vacunemos a toda la población —dijo Roberto Martínez Poblete, encargado del despacho de la Secretaría de Salud del gobierno del Estado de México. Un hombre que el 28 de abril dejaría el puesto, cuando el gobernador Enrique Peña Nieto nombrara como nuevo titular a Franklin Libenson.

—No creo que funcione —atajó Armando Ahued, secretario de Salud del DF—. Las vacunas no se hicieron para esta temporada, la cepa ha cambiado.

—¿Y entonces, Armando? —preguntó el doctor Córdova.

—Yo digo que compartamos la información con otros países. Los informes dicen que la influenza tiene un comportamiento similar en Alemania, Estados Unidos, España, Francia. Este no es un problema sólo de México.

—¿Pero qué hacemos mientras sabemos cómo tratar a los pacientes? No todos están respondiendo con los mismos medicamentos. Tampoco se trata de agravar el problema —intervino Córdova.

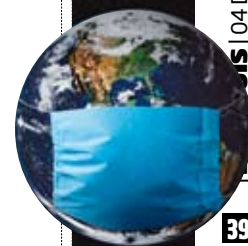
—A ver —dijo un funcionario del Indre—: por datos que nos proporcionó el secretario Ahued, en la ciudad de México los primeros pacientes se reportaron en la delegación Álvaro Obregón. De ahí brotó en Tlalpan y luego en la Magdalena Contreras. Eso quiere decir que el virus está disperso. En el caso de la señora Adela María y de Edgar, los dos estuvieron en Perote. En los casos de DF, no. Por lo que se sabe, ninguno visitó o tiene familia en Perote, así que estamos hablando de un virus que surge donde sea. Creo que se deben tomar medidas más drásticas.

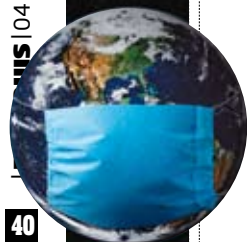
En ese momento Córdova salió de la reunión. Al volver, informó a los asistentes: “Mañana iremos a Los Pinos, el presidente Calderón nos convoca urgentemente. Me ha pedido que los gobernadores de San Luis Potosí, Hidalgo, Estado de México y el jefe de gobierno del DF acudan. Y, por favor, que cada quien lleve una estrategia de plan de contingencia”.

Si la reunión no fue ese mismo día fue porque a Felipe Calderón se le juntaron dos giras de trabajo: en Quintana Roo y en Zacatecas.

\*\*\*

La cita fue a las 4 de la tarde del jueves 23 de abril. Y aunque el presidente Calderón pidió la presencia de algunos gobernadores y del jefe de gobierno capitalino, Marcelo Ebrard, el





único que asistió fue el mexiquense Enrique Peña Nieto.

–¿Y Marcelo? –le preguntaron a Ahued cuando entró al salón de la reunión.

–No vendrá, pero tengo todo el respaldo de él.

Al mesa, cuentan testigos, Calderón llegó con un ataque de seriedad o de miedo. Con él, se sentaron los secretarios del Trabajo, Javier Lozano; de Gobernación, Fernando Gómez Mont; de Educación Pública, Alonso Lujambio, y Córdoba, el de Salud.

Frente a ellos, Peña Nieto se sentó muy cercano a Martínez Poblete, quien era el único en el que podía apoyarse el gobernador. Ahued llevó a un asistente que sólo ocupó para pedirle documentos. Y los secretarios de Salud de San Luis Potosí e Hidalgo llegaron con todo un avispero de asesores que, al final, de nada sirvieron.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Calderón–. El problema es muy grave. José Ángel me dice que no tardan en enviarnos de Estados Unidos cómo tratar médicamente el virus. Mientras tanto, algo debemos hacer, ¿no, Armando? –dijo dirigiéndose a Ahued, a quien le extrañó tanta familiaridad.

–Sí. Lo primero es evitar el contacto entre las personas –dijo Ahued–. Lo que nos han informado los epidemiólogos del gobierno de la ciudad y del Indre es que esta influenza se contagia persona a persona; los cerdos, aquí, no tienen nada que ver.

–¿Y qué sugieres, Armando?

–Primero, proteger a los niños: hay que cancelar las clases en escuelas públicas, desde guarderías a universidades; ahí tenemos injerencia para dar la orden.

–Yo creo que también deberíamos suspender las clases en las escuelas privadas, señor Presidente –dijo Lujambio–, porque de nada sirve que salvemos a unos y a otros los desprotejamos.

–Pues de una vez, Alonso, ve eso –ordenó Calderón a Lujambio y éste salió del salón para hablarle, primero, a Elba Esther Gordillo: “Maestra, tenemos un problema...”, diría.

–La saliva, quién iba a decirlo, es el azote –dijo Ahued–. Una gota de saliva puede alcanzar hasta siete metros. Por eso, los cubrebocas son importantes.

–Esa también te la tomo, Armando –dijo Calderón e instruyó a Córdoba a que hiciera algo al respecto. Ese mismo día, la Secretaría de Salud compraría 13 millones de cubrebocas para que fuesen repartidos a la población con la ayuda del ejército.

–Yo creo que también deberíamos cerrar el transporte público –sugirió Ahued.

–¿Quieres paralizar la ciudad? ¿Eso ya lo aprobó Marcelo? –preguntó Calderón.

–No, es sólo una sugerencia. Pero lo que sí se puede hacer es evitar las aglomeraciones. El jefe de gobierno ya estudia cancelar todos los eventos públicos.

–Eso sí hay que hacerlo. Entre menos gente reunida, menos posibilidades de contagio. Checa eso, Fernando –dijo Calderón a Gómez Mont, quien, según los asistentes, nunca habló, se la pasó bebiendo café y anotando lo que el Presidente le decía de vez en cuando.

–Señor Presidente: yo tengo un estudio donde podemos ver los horarios en los cuales hay más gente trabajando en las empresas –intervino Lozano–. Puede ayudar para distribuir la producción y evitar el gentío en los centros de trabajo.

–Suena bien, Javier, el problema es convencer a los patro-

nes –dijo Calderón–. Lo que podemos hacer, eso sí, es pedir que las mujeres embarazadas, en principio, no vayan a trabajar. Arregla de una vez eso, Javier.

–Lo que también puedo hacer, señor Presidente, es anunciar que si un trabajador presenta los síntomas se le dé oportunidad de faltar para acudir al médico.

–Te la tomo, Javier. Prepáralo. ¿Otra sugerencia, señores?

–Sí: mientras sabemos qué medicamento funciona y cuál no, deberíamos vacunar a los médicos y a la población abierta; utilicemos la reserva invernal, señor Presidente –intervino Peña Nieto.

–Ya se está haciendo, pero no sabemos qué tanto ayude. Recuerde, gobernador, que la vacuna fue diseñada para la otra cepa; esta es nueva; aquí los expertos del Indre no lo recomiendan, existe la presunción de que podría fortalecer el virus –contestó Córdoba.

–¿Y cuándo se tendrá una nueva vacuna? –preguntó Peña Nieto.

–Al menos unos cuatro meses. La gente de la UNAM, el Politécnico y el Indre ya están trabajando desde esta mañana. Lo que nos dicen es que cada cultivo tiene que esperar unos diez días para ver su eficacia y luego volver a hacer otro, esperar unos días más y así sucesivamente. Es tardado.

Después de un par de horas de sugerencias (en las que se habló de que según la fase que determinara la Organización Mundial de la Salud se aplicaría el confinamiento de los enfermos), Calderón abrió la computadora que estaba frente a él. Los gráficos mostraban picos preocupantes.

–¿Cuántos casos tienen en hospitales del Estado de México?

–Unos 200 –dijo Peña Nieto.

–¿Y en los de San Luis Potosí?

–Un número similar, señor Presidente, pero la verdad es que aún no tenemos la confirmación del Indre; nos dijeron que también fueron enviadas a Estados Unidos –respondió Juan Sánchez Ramos.

–¿Y en los de DF, Armando?

–En los 28 hospitales se registran 207.

En otras palabras: en tres entidades se concentran poco más de 600 casos. Los números que Córdoba le había dado a Calderón para que los leyera en la laptop no eran ninguna exageración.

Dijo Calderón:

–Supongo que el número que me ponen aquí (poco más de 500), correspondientes al DF, incluyen al IMSS, al ISSSTE y a hospitales de la Secretaría de Salud.

–Sí, señor Presidente –atajó Córdoba–. Además, si usted ve la gráfica, muchos de ellos provienen de otras entidades. Los que hasta ahora han fallecido en el DF no eran de



El presidente Felipe Calderón también ha debido usar cubrebocas en las reuniones o giras de trabajo fuera de Los Pinos.

aquí. De ahí las medidas que debemos tomar a nivel nacional.

(El martes 28, sin embargo, Córdova anunciaría que los siete fallecidos en Tlalpan y Magdalena Contreras eran, hasta ese momento, los únicos casos confirmados de muerte por influenza porcina).

La reunión siguió entre escenarios apocalípticos y el asunto de una granja porcícola en Perote. Los del Indre dijeron que no había pruebas suficientes para responsabilizar a la empresa como foco de infección.

Se referían al caso de la comunidad Las Glorias, cerca de Perote, Veracruz, en donde se habían enfermado de las vías respiratorias al menos unos 400 habitantes entre diciembre y marzo.

Los vecinos culpaban a la granja Carroll por no tener los cuidados adecuados en sus criaderos de puercos. Ahora se sabe que James Wilson, consultor de la empresa estadounidense de alerta biotecnológica Veratect, también observó anomalías en la granja Carroll, según sus resultados, concluyó que ahí había un agente de infección. Avisó a la OMS y lo demás ha caído en el terreno de la especulación.

Al final del encuentro, que duró unas cinco horas, Calderón les dijo a los asistentes:

–Debemos hacer una estrategia común,

no hay que salirnos de los parámetros que la OMS ha diseñado. Sigamos con estas reuniones para que no nos salten más casos y nos agarren desprevenidos. La Secretaría Salud dará los lineamientos. ¿Están de acuerdo, señores?

La respuesta, obviamente, fue afirmativa.

–¿Habrà alguna conferencia o algo así para advertir a la población, señor Presidente?

–Sí. Seguro habrá mucho pánico, pero tenemos que informar.

Nadie llegó a soltar la idea de postergar la información.

Cuando todos se preparaban para marcharse, Calderón les dijo que Córdova sería quien encabezaría la conferencia y pidió que Ahued y Martínez Poblite estuvieran presentes. Peña Nieto, para entonces, ya se había marchado.

\*\*\*

En plena conferencia de Córdova, llegarían de Estados Unidos unos resultados:

“La vacuna para la fase invernal que posee México no sirve, sólo puede provocar que el virus se fortalezca. Pero en México, los laboratorios Roche diseñaron un medicamento que alivia la influenza: el Oseltamivir. Otros laboratorios, Birmex, mejoraron la fórmula. Se trata de una solución que se disuelve y se toma por tres días...”.

Ese misma noche, el gobierno federal pagó cerca de 150 millones de pesos a Roche por el Oseltamivir.

Ya había cura, pero la influenza reptaba en el país como la humedad.

Y ya estábamos en Fase 4, a días de la 5 y la de la pandemia. ¶

